

Bosquejo de René Barrientos
Ortuño, líder de la Revolución
Boliviana



EL GENERAL DEL PUEBLO

1964

© Rolando Díez de Medina, 2016
La Paz-Bolivia

En las trágicas horas del 3 y el 4 de Noviembre de 1964, cuando sangre boliviana empurpuraba los duros adoquines de las calles de La Paz, un joven de rostro atezado y camisa abierta, que levantaba un fusil humeante en la mano derecha, gritó a la turba que combatía contra el baluarte de la dictadura en Laikakota:

-¡Viva Barrientos, el General del Pueblo!

En ese grito anónimo se condensaba el sentimiento nacional. Yo, modesto periodista, recogí ese grito pero no he vuelto a ver a quien lo profirió.

Han transcurrido quince meses de aquellos sucesos, y ahora el juicio juvenil cobra perfiles de profecía histórica.

¿Quién es René Barrientos Ortuño y por qué la esperanza del pueblo todo converge en su figura romántica y gallarda?

EL HOMBRE

Joven, bien plantado, de vigorosa contextura. Su movilidad física es extraordinaria; su agilidad mental singular. Su rostro de líneas enérgicas, a veces se suaviza cuando habla en quechua a los campesinos. Mira de frente; y su mirar atrevido persevera contra los discolos y los arrogantes. Dos personalidades se funden en él: la del impetuoso conductor y la del amigo generoso y cordial. Sereno para enfrentar el peligro y vencerlo, se lanza vehemente a la lucha a la primera provocación.

Barrientos es un hombre noble, de clara , estirpe cristiana. Magnánimo con el caído, no tiene temor al poderoso. Se le reprocha que diga más de lo preciso, pero esta es, tal vez, su mejor virtud: no sabe esconder lo que piensa. No tiene miedo a equivocarse ni a labrarse enemigos. Su culto es la verdad. Su pasión la justicia. Su norte la libertad. Y el amor y la consagración al pueblo constituyen su norma vital.

Desprendido del poder, abierto con sus amigos, afable con todos, desdeña a los pícaros y a los farsantes. Detesta la simulación. Posee un sólido sentimiento moral que le permite clasificar certeramente a las gentes. Rápido de intuición, acusa una fuerte emotividad. Ha forjado por sí mismo su cultura y, como buen producto de la raza sudamericana, concede supremacía al corazón sobre el mundo racional.

Atleta en su juventud, líder siempre por su espíritu fogoso y su dinamismo febril, posee una capacidad contagiosa para entusiasmar a sus oyentes y arrastrarlos tras de sí. Se hizo orador a fuerza de coraje y persistencia. Sabe escuchar, sabe atender. Detrás del conductor late algo del misionero.

Es un hombre de amanecer, dispuesto a las grandes empresas.

Posee una resistencia física verdaderamente asombrosa. La inquietud lo habita. Viaja sin cesar; nadie lo aventaja en conocimiento del territorio nacional y de sus pobladores. Y su fibra espiritual corre pareja con su temple físico; es el auténtico conductor de masas, hecho para el mando, para absorber grandes miserias y penosas disciplinas en servicio del pueblo.

Es un idealista y un recio constructor a la vez. Le gusta emprender nobles obras sin importarle que otros las terminen. Ignora la envidia y el rencor. Ama a la juventud, respeta la inteligencia, quiere que cada cual ocupe el sitio que sus méritos le labren.

Cumple su palabra. Realiza sus propósitos. Desprecia al cobarde y al desleal. El quiere una sociedad de hombres viriles, francos, fundada en la ética y en la sana amistad.

Casado con una bella y fina dama tiene cinco hijos.

Es la encarnación del boliviano autodidacta, forjado en la lucha por la vida, en los libros, en el aprendizaje tenaz de la experiencia.

El amor a Bolivia, la pasión de servir al pueblo, el ideal de acercar a los hombres en una cruzada magnánima de superación: he aquí sus metas.

Pero aun si no existieran en René Barrientos Ortuño el político, el líder y el militar, siempre quedaría intacta la figura del varón ejemplar. El hombre con imán, que gana corazones para siempre. El jefe de fuerza magnética que captura las voluntades. Con algo de guía, de maestro, porque su genio inductor despierta el entusiasmo, infunde confianza, impulsa hacia adelante.

Es el ciudadano representativo que simboliza a Bolivia en marcha.

La esperanza de una patria mejor.

EL POLITICO

¿Cuándo comienza la carrera política de René Barrientos Ortuño, hoy caudillo del pueblo boliviano?

Después del infortunio del Chaco. Los jóvenes de la posguerra, desilusionados, se alzaron contra las generaciones precedentes. Hubo grupos cívicos y militares que propugnaban la renovación total de las estructuras económicas y sociales. De esas promociones inconformes y rebeldes surgió Barrientos Ortuño, para recibir su bautizo de sangre y de político en la Guerra Civil de 1949. Herido y preso por defender al pueblo contra la oligarquía que sostenía la plutocracia minera, conoció la persecución, el hambre, el sufrimiento.

Se había formado en la doctrina cristiana y, al acercarse a las mayorías postergadas, comprendió que un sentimiento de solidaridad social lo ponía al lado de los campesinos, de los obreros, de las clases medias desposeídas.

Alineó, pues, en las filas de quienes, unos militando en partidos políticos, otros en grupos cívicos, o solo en el Ejército, luchaban por una patria más justa que liberara a campesinos y obreros de su injusto postergamiento social. La liberación económica del país fue su divisa.

Formó grupos de estudios. Viajó a Europa y a los Estados Unidos. Paralelamente asimilaba las modernas técnicas de su profesión de aviador y absorbía rápidamente la realidad política y económica del mundo contemporáneo. Se interesó por la situación especial de los países subdesarrollados, como el nuestro, sujetos al yugo de los imperialismos financieros.

En Italia admiró la experiencia demócrata-cristiana de Alcides de Gasperi.

Era lógico que viera con simpatía la ascensión al poder del "M.N.R." en 1952, partido al que acompañaron los mejores anhelos del pueblo boliviano.

Barrientos compartió y apoyo las conquistas fundamentales de la Revolución Nacional; es decir: el voto universal, la reforma agraria, la nacionalización de las grandes minas, la reforma educacional, la liberación del campesinado, las nuevas leyes sociales en favor de los obreros, la mejor distribución de la riqueza.

Se alegró al comprobar que campesinos y trabajadores integraban el Parlamento. Al ver quebrados los monopolios económicos y los privilegios de clase porque, verdadero demócrata, el solo buscaba el bienestar de las mayorías.

Incorporado, así, a la Revolución Boliviana, comenzó a destacarse como líder de las Fuerzas Aéreas. Sus primeros discursos, ingenuos tal vez, revelaron al hombre sincero, al político bien inspirado, despertando naturales celos en los viejos líderes del "M.N.R." y de otros partidos.

¿Quién era este general de aviación, casi desconocido, que irrumpía en la política nacional?

Barrientos no hizo caso de críticos y envidiosos. Comenzó a viajar por todo el territorio llevando palabras de fe y de estímulo por todas partes. Quería conocer Bolivia, palmo por palmo, adquirir una conciencia geográfica que le permitiera abarcar en plenitud la realidad político-social del país. Y en pocos años de labor tenaz y perseverante, fue forjando talla de político inquieto, aceptando valerosamente errores, caídas, adversarios y denuestos.

El luchador se abría campo por su propio valer.

Los campesinos fueron los primeros en comprender a Barrientos: le dieron su afecto, adivinaron en él al futuro conductor. Comprendían que este no era un demagogo ni un cacique, sino un amigo sincero de las gentes del agro que deseaba vehementemente su liberación y su progreso.

Barrientos fustigaba, desde sus primeras actuaciones públicas, a los demagogos y a los pícaros. Predicaba honradez y libertad. Enemigo de las camarillas y los compadreríos, era el

defensor innato de la verdad y de lo justo. Naturalmente, no tardó en concitar el odio de los favoritos del poder y de los caudillejos ambiciosos que veían en su figura nueva y vigorosa, un freno para sus desmanes.

Sobrevino, entonces, la etapa más dura de esta lucha admirable para salvar una revolución a punto de frustrarse. El poder gasta y desgasta, el poder corrompe; es un viejo axioma que el mundo conoce desde los tiempos de Solón. El "M.N.R.", que gobernaba ya 10 años el país, apesar del buen impulso inicial, había desvirtuado toda su teoría política y negado sus propios principios. El atropello, la inmoralidad, la violencia, el abuso campeaban por doquier. El unipartidismo aplastaba en forma secante la conciencia pública. La Nación entera y el propio Ejército fueron obligados a someterse a la dictadura movimientista.

En 1962, el general Barrientos con clara conciencia de sus deberes de militar y de ciudadano afrontó el agravamiento de la situación interna. Y comenzó, abiertamente, a denunciar y censurar los excesos del régimen movimientista. Tuvo frecuentes choques y discusiones con el dictador Paz Estenssoro. Enfrentó valerosamente a los comités políticos. Arrolló a los líderes que maniobraban desde la sombra; pero como era lógico suponer, pagó precio muy alto por esa conducta arrojada y de patriota.

Se atentó varias veces contra su vida. Herido seriamente fue trasladado a Panamá para salvar la vida. Repuesto de sus heridas, sufrió nuevos atentados: se colocaron bombas en su casa y en su automóvil, que felizmente explotaron a destiempo salvando milagrosamente. Recibía numerosas amenazas, denuncias anónimas, avisos de nuevas atentados contra su persona.

Entonces el político mostró su garra de luchador y anunció que no se iría del país. Volvió a enfrentar a la dictadura, atacó sus errores y sus crímenes, afrontó directamente a las camarillas gobernantes.

Queriendo anular su personalidad de ciudadano honesto, el partido depuesto en noviembre de 1964 lo ungió como Vicepresidente Constitucional en agosto del mismo año.

Pero Barrientos no podía vender su figura de patriota, de estadista por el presente de la Vicepresidencia.

Y siguió agitando la conspiración militar, porque sabía que sin su encabezamiento y su acción armada, nada podrían las fuerzas civiles contra la férrea maquinaria de la dictadura.

He aquí el gran desprendimiento del joven político: se jugó la Vicepresidencia y arriesgó su vida por la libertad de los bolivianos.

Aun se le ofreció la Presidencia de la República si mantenía la dictadura con Gabinete mitad militar mitad movimientista.

Pero Barrientos ya había dado el gran paso: revolución libertadora y renovación total de sistemas y personas, o nada.

Y prefirió encabezar la insurgencia popular el 3 y el 4 de Noviembre de 1964, para acabar con la dictadura y restablecer el imperio de la democracia en Bolivia.

De gobernante, durante catorce meses de labor activísima, el general Barrientos ha demostrado singulares condiciones. Buscó, primero, el gobierno de Unidad Nacional. Cuando los partidos se negaron a escucharlo, se dedicó a trabajar lealmente por la recuperación institucional de la República, imponiendo simultáneamente una política de ordenamiento en lo económico y social. Aplastó la anarquía, salvó del colapso inminente a las minas nacionalizadas, devolvió su libertad y dignidad a los bolivianos. Merced a medidas prontas y eficaces mantuvo el valor de la moneda, duplicó las reservas de oro del Banco Central, devolvió confianza a la industria y al

comercio, mejoró los sueldos de los maestros, efectivizó la propiedad legal de los campesinos sobre sus parcelas, y aprobó la autonomía económica del Poder Judicial, el cual renovó y dignificó con magistrados probos, concedió protección y estímulos prácticos, a las Universidades, impulsó los planes de desarrollo que están ya cristalizando en nuevas empresas de trabajo. Aprobó la ley de Inversiones el Estatuto del Empleado Público, la reorganización técnica y administrativa de "Comibol". En suma: hizo tanto, que no se comprende cómo, a pesar de sus frecuentes viajes por toda la República, ha podido realizar al mismo tiempo una tarea de reorganización administrativa tan ardua y persistente.

Es verdad que en esas difíciles labores ha contado con la noble y muy valiosa colaboración del general Alfredo Ovando Candia, hoy presidente de la Excma. Junta Militar, de sus camaradas los señores Ministros del Gabinete y los asesores de la Presidencia, pero esto en nada amengua el mérito de su acción de conductor, pues Barrientos ha impreso a la Junta Militar su osadía, su firmeza, su visión ancha y certera de la realidad nacional.

René Barrientos Ortuño es, ahora, la primera figura política de Bolivia.

No ha aceptado, todavía, la candidatura a la Presidencia que le propone el Frente de la Revolución Boliviana, integrado por el MPC, el PRA, el PIR, el PSD y los Excombatientes, de quienes viene a ser el jefe político; sino que es, además, el caudillo natural de todos los campesinos; el líder de las FF.AA.; y además de ello la mejor esperanza de progreso dentro del orden para las grandes mayorías independientes del país.

El político del suspenso. El orador elocuente de las frases poéticas y visionarias. El teórico de una filosofía del propio esfuerzo. El conductor que sabe lo que quiere y a dónde va. He aquí a Barrientos Ortuño, líder del nuevo estilo que ha transformado, con su palabra vehemente y su acción dinámica y sorpresiva, todos los cánones de nuestra política tradicional.

Es un cristiano de izquierda y un revolucionario social.

Se necesita ser un gran político para polarizar las energías y las esperanzas de un pueblo que renace de la frustración y la desesperanza.

Convertido en figura internacional merced a una breve gira en la que ha alternado dignamente con personajes y Mandatarios de renombre mundial, adquiriendo nuevas experiencias que lo capacitan para una conducción más alta, el general Barrientos Ortuño es hoy un hombre de Estado, en toda la extensión del término que, después de una siembra proficua desde la Junta Militar, ha demostrado sobradamente grandes aptitudes para el mando responsable y la administración austera y eficaz.

En torno a las ideas, al estilo y a la figura del general Barrientos Ortuño, ha surgido un nuevo partido: el Movimiento Popular Cristiano, que agrupa campesinos, obreros, juventudes, clase media y núcleos de profesionales e intelectuales, imprimiendo un rol renovador a las fuerzas que se mueven dentro del escenario interno.

Barrientos, vencedor de la anarquía, es también Barrientos defensor de la libertad y propulsor del progreso boliviano.

EL MILITAR

La popularidad del general Barrientos Ortuño en las FF.AA. es proverbial. Soldados, clases, suboficiales, le tienen el mismo afecto y admiración que jefes y oficiales. Ha sabido captarse generales simpatías por su sencillez, su hidalguía, su desprendimiento.

Leal en sus afectos, adversario de frente, siempre el primero en el peligro, el joven general ha descollado como prototipo del hombre de armas intrépido pero al mismo tiempo responsable.

Abanderado del Colegio Militar en su mocedad era ya líder por su coraje y su espíritu de decisión.

Llegó a comandar las fuerzas Aéreas de la Nación y alcanzó el grado máximo en ellas, no sólo por su preparación como aviador, sino por sus estudios especializados para el mando militar que hoy supone conocimientos conexos para la defensa nacional y el dominio del medio internacional.

Con hondo sentido de su vocación, él ha infundido a las FF.AA. la conciencia institucional y ha reavivado su sentimiento de honor colocándolas en el plano espectral de la reorganización colectiva.

Que no se olvide: Barrientos, militar y luchador, ha devuelto su libertad al pueblo y su dignidad al Ejército, sometidos ambos a la opresión del unipartidismo hasta el 4 de Noviembre de 1964.

Guerrero que no admite rendición en la Guerra Civil de 1949. Aviador osado que sale incólume de varios accidentes y vuela contra toda precaución. Jefe atrevido que toma un paracaídas y se lanza sin entrenamiento después que acaban de perder la vida dos soldados para demostrar la bondad del artefacto. Líder, siempre, en las grandes decisiones y en las grandes responsabilidades. Revolucionario para defender al pueblo, intransigente en la defensa de las FF.AA., el general se ha convertido en símbolo del pundonor y del coraje militares.

-El General no transa. Con él se puede contar.

Esta frase la hemos recogido de labios de sus camaradas de armas.

Para poder mandar, Barrientos aprendió primero a obedecer. Fue buen cadete, buen oficial, buen jefe. Aunque las naturales rebeldías del espíritu inquieto jalonan su carrera profesional, siempre tuvo en más la honra del Ejército que su propia conveniencia.

Ya no es el tiempo de los caudillos ignorantes que denunció el sociólogo novecentista. Hoy los militares se preparan eficientemente en cursos de Estado Mayor y en disciplinas humanísticas que los convierten en estadistas potenciales. A esta nueva promoción militar, con sensibilidad civil y de formación amplia, pertenece el general Barrientos. Basta releer su gran discurso pronunciado en la clausura del año académico en la Escuela de Altos Estudios Militares, el 6 de diciembre de 1965, intitulado "La Gran Alternativa para las FF.AA.", donde plantea rotundamente:

Revolución o Reacción
Avance o Retroceso
Patria o Antipatía.

No sólo se gana laureles en los campos de batalla. También durante la paz y en el paso transitorio por el poder las gentes de armas pueden dar victorias de civilidad al país. Durante sus catorce meses de gobierno, el general Barrientos ha enriquecido la literatura política con una profusión de notables discursos, mensajes, manifiestos y proclamas, cuidadosamente elaborados unos, otros improvisados, que revelan, todos, la nobleza de su alma y el penetrante juego de su mente visionaria. Por el verbo encendido de Barrientos vibra Bolivia toda, transida de problemas, rica de altas esperanzas.

¡Leed, escuchad al general Barrientos! Trae siempre palabras nuevas, un mensaje de osadía y de confianza para los corazones bolivianos.

Hombre noble y generoso,
Político dinámico y desconcertante.
Militar de honor y de valor.

Este es el General René Barrientos Ortuño, legítima expresión del pueblo boliviano.

El General del pueblo debe ser el artífice de la Recuperación Nacional. Votar por él es un deber.

DEMOCRATA.

© Rolando Diez de Medina, 2016
La Paz – Bolivia